

# Libertad, ética y economía: el incentivo ético en el progreso económico o por qué es bueno pagar a los predicadores

JAVIER MORILLAS GÓMEZ

Catedrático de Economía Aplicada, Universidad CEU San Pablo

“La moralidad es útil porque nos da crédito”

Benjamín Franklin (1706-1790)

## Los incentivos en economía, y sus raíces éticas

El papel de los incentivos en la sociedad, y su conocimiento en lo que afecta a las personas, se ha revelado en los últimos años como fundamental en la economía, en la medida en que ésta refleja el estudio de los comportamientos de esas mismas personas en los asuntos cotidianos de la vida. Y es el mismo análisis de los comportamientos que se deducen de los diferentes incentivos lo que ha posibilitado también el progreso de la Ciencia Económica.

De hecho, sus resultados agregados nos sirven de enseñanza para entender su papel en el seno de las sociedades humanas, así como en las empresas, y el efecto que producen en las personas. Podríamos hablar de dos fases; en una primera fase se establecen los incentivos, y en la segunda se analizan los efectos.

En este sentido podemos decir que el establecimiento de una buena “oconomía”, como buena “administración de la casa” –en su sentido etimológico–, y en principio de la casa familiar y básicamente agraria, se vino a establecer como un incentivo para la prosperidad, en su nivel más básico. De hecho, una de las primeras obras de economía<sup>1</sup>, como es la de Lucio

<sup>1</sup> Al margen de los textos dispersos que pueden entresacarse de la obra de Aristóteles (384-322 a. C.).

Columela<sup>2</sup>, en la Hispania del S. I, lo es en el sentido que entonces podía entenderse por tal; es decir, la "aplicada" a las cuestiones agrarias, y que, como dejó dicho Schumpeter, "contribuyó mucho a la formación de algunos de los hábitos mentales más característicos de la economía moderna"<sup>3</sup>.

En el mismo siglo, otro Lucio, Séneca, venía a hacer hincapié en que sólo hay un bien, que es la virtud; y que su práctica es lo único que puede darnos la felicidad, con memoranzas de la escuela estoica griega<sup>4</sup>. Séneca en su tratado *Sobre los beneficios*, y en sus *Cartas a Lucilio*, mira con cierta aversión al mundo que le rodea y que se mueve sólo por ganar dinero<sup>5</sup>. En el ensayo *Sobre los beneficios* parece inclinarse hacia un sistema de distribución de bienes basado en el intercambio de productos y favores. Analiza con gran sutileza la satisfacción o utilidad que proporciona el beneficio al bienhechor, y la gratitud que obliga al beneficiario a devolver el favor, incluso con creces. Con estos y análogos razonamientos llega a elaborar una teoría del "don", y a glosar un refrán muy nuestro, pero poco comentado en los manuales de Economía: el amor con amor se paga.

Y en torno a los beneficios están los precios. Que, al final, se convierten en simples elementos auxiliares de nuestra vida y que, fundamentalmente, nos dan información. En las sociedades antiguas dado que la producción y el consumo tenían por centro la unidad familiar, no había necesidad de una teoría de los precios. Y en los contextos generalmente esclavistas de la antigüedad, tampoco una teoría de los salarios.

Realmente la economía, durante siglos, ha sido una simple criada o colaboradora de la ética. Lo que en absoluto considero un mal acompañamiento. Pero, tan fue de la mano de ella, que fue sepultada por ella, y cuando vamos a bucear en muchos de los primeros escritos nos encontramos restos y fragmentos generalmente inconexos<sup>6</sup>. Como el trabajo era hecho por esclavos se le

---

El pensamiento económico de Aristóteles está ordenadamente recogido en *Early Economic Thought*, antología coordinada por A. E. Monroe. Cambridge: Harvard University Press, 1924, p. 17 ss.

<sup>2</sup> Buenos estudios sobre Columela se deben a gran especialista fallecido en 1982: IPARRAGUIRRE, Demetrio. (1978), *Columela agricultor científico*. En *Estudios de Deusto*, 2ª época, XXVI, nº60, 1978, enero-junio, pp. 147-60. En el primero de sus dos textos conocidos, *De re rustica* -Los trabajos del campo, dividido en doce libros-, trataba de todos los trabajos agropecuarios, agricultura, ganadería, apicultura, pasando por la elaboración de productos y conservas. En su segundo legado, *De arboribus*, trata de los cultivos arbustivos, como la vid, el olivo, las flores, los frutales, etc.

<sup>3</sup> SCHUMPETER, J. Alois. *Historia del Análisis Económico*. Barcelona: Ariel, 1954.

<sup>4</sup> Ya Aristóteles había llamado la atención sobre cómo "hay hombres que convierten cualquier cualidad o cualquier arte en un medio de hacer dinero; lo toman por un fin en sí, y creen que todo debe contribuir a alcanzarlo". Vid. ARISTÓTELES. *Política*. Libro I. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 1951.

<sup>5</sup> IPARRAGUIRRE, Demetrio. Las ideas de Séneca sobre la actividad económica. En *Estudios de Deusto*, 2ª época, XXIII, nº 55, 1975, julio-diciembre, pp. 345-64.

<sup>6</sup> GRAY, Alexander. *The development of Economic Doctrine*. London: Longmans Green, 1948, pp. 14ss.

atribuía una categoría subalterna que contribuía a excluirlo del campo de los estudios. En cambio llegó a resultar útil la legitimación ética de la esclavitud, como hicieron Aristóteles y sus colegas antiguos, justificando una sociedad dirigida por los colectivos superiores frente a otros supuestamente inferiores.

Este componente ético era en todo caso de carácter atemperador. Ejercía un papel de contención de muchos de los excesos imperantes. Un componente regulador que tendrá su expresión posterior en el cristianismo, que ejercerá como moderador de la fuerza en el poder, a partir de entonces. Y con el cristianismo, dotado de una mayor o menor preeminencia según las épocas, en los 2.000 años posteriores.

Con la inestabilidad previa al desmembramiento de Roma, en el 476, y el surgimiento de las independencias *de facto* que francos y visigodos declaran en la Galia, Hispania, etc. no vamos a tener tras Columela un pensador tan sobresaliente hasta el siglo VI, en que el arzobispo de Sevilla, San Isidoro (560-636), despliega toda su potencia intelectual con influencia en toda la Cristiandad; resume toda la cultura grecolatina, y la conserva para la Edad Media. Dante habla del ardiente espíritu de San Isidoro, concretado no sólo en sus obras religiosas, sino también en su aplicación a las ciencias sociales. De hecho su exaltación de los recursos naturales, con sus *Laudes Hispaniae*, van a ser utilizados por los economistas españoles de la decadencia —y la propia generación del 98— para su autoflagelación con la mala gestión de los gobiernos. No en vano, se habla de un tiempo pasado en el que, especialmente la Bética, y la conocida como Turdetania, aparecía como bien cultivada y notablemente fértil; especialmente todas las poblaciones que vivían en las riberas del Guadalquivir. Descrita idílicamente con abundancia de toda clase de frutos, y donde una activa exportación (trigo, aceite, vino, miel, pez, cochinilla y minio) duplicaba el valor de la producción sobrante, que se vendía con facilidad a través de un activo comercio marítimo; con cientos de buques que remontaban desde el mar hasta las ciudades de tierra adentro; con unas costas donde las ostras, las conchas, los atunes, destacaban por su cantidad y tamaño; todo el comercio tenía lugar con la Itálica, Roma, y el mediterráneo occidental, como describe Estrabón. Las lanas turdetanas eran muy solicitadas y, en su opinión, las de mayor e inigualable belleza; también era rico el interior; pues ni el oro, ni la plata, ni el cobre, ni el hierro, se habían hallado en ninguna parte tan abundantes y excelentes como en la *Baetica*<sup>7</sup>. Por un carnero reproductor se pagaba un talento; la abundancia de ganados de todas clases era —a su decir— enorme.

<sup>7</sup> STRABO. *The Geography of Strabo*. Trad. H.L. Jones, basada en la versión limitada de J. R. Stillington Street. Cambridge MA: Harvard University Press, 1917-1932. Lib. 3, caps 1, 2 y 5.

Fuera o no exagerado, toda aquella estructura económica empieza a desmoronarse tras la derrota del rey Rodrigo, y va desapareciendo con la invasión musulmana, que, aunque reducida en número y calidad intelectual acabará por descomponer el cuerpo social previo. Así, replegada la masa crítica del país a la franja cantábrica asturgalaica y pirenaica, se va a imponer una lógica de boicot económico y movilización militar propio de una economía de guerra, que duró 200 años en la mitad del país, y en otros reductos, como Granada, más de 700.

En todo caso, es el conocido como Isidoro de Sevilla, el único padre que aborda algo tan importante para la civilización occidental como la concepción de la propiedad; y si ésta es o no de derecho natural, reconociendo la "adquisición de todas las cosas que en el cielo, tierra y mar se contienen"<sup>8</sup>, como de derecho natural.

Y es a través de San Isidoro, como se llega a la escolástica europea medieval, que va del 800 al 1500, siendo los siglos XII Y XIII especialmente fértiles, con Santo Tomás de Aquino; aunque en España al romperse el proceso de evolución natural europea por la invasión del 711 ("Tu recuerdo, triste origen será de eterno llanto", dejó dicho Jovellanos) no se va a recuperar plenamente hasta el final de la Reconquista, para luego enlazar con los autores de la Escuela de Salamanca.

El propio Columela —tan recordado siempre por su conocida sentencia "elogia las fincas grandes, cultiva las pequeñas"— conserva una indiscutible autoridad en el medievo<sup>9</sup>. El mismo Miguel Caxa de Leruela en el s. XVII hace una formulación bastante clara y próxima a la realidad de la ley sobre los rendimientos decrecientes de la tierra. Como también otro de los economistas del XVII, Pedro Fernández de Navarrete, traduce al castellano de la época la obra de Séneca *Sobre los beneficios*, tan citada por los doctores escolásticos en los siglos anteriores vía San Isidoro. Y el nombre de Columela aparece en los economistas del XVIII, como Hume o A. Smith.

Fueron autores como Grice-Hutchinson, Hoover, Schumpeter, etc., quienes empezaron a utilizar la expresión de *Escuela de Salamanca*; aunque muchos de esos autores escolásticos<sup>10</sup> estudiaron o enseñaron en otras univer-

<sup>8</sup> SIERRA BRAVO, Restituto. *Doctrina social y económica de los padres de la Iglesia*. Madrid: 1967, p. 932.

<sup>9</sup> La edición del *Tratado de Columela* en Venecia es de 1472; luego tuvo más de 40 ediciones en alemán, italiano, francés, inglés.

<sup>10</sup> Del latín *Schola* (escuela) supone la investigación racional de los problemas relevantes de las artes liberales, filosofía, teología, leyes y medicina, examinándolos desde puntos de vista opuestos al objeto de llegar a una solución científica, a la luz de los hechos conocidos, la razón humana, al autoridad aceptada y la fe cristiana.

sidades peninsulares como la *Complutum* o Alcalá de Henares. Por ello Alex Chafuen propone llamarles de la Escolástica Hispana. Autores como Francisco de Vitoria (a quien se considera padre de la Escuela), Domingo de Soto (con su importante tratado *De Iustitia et Iure*), Martín de Azpilcueta (*Manual de confesores y penitentes*), Domingo de Bañez, Pedro de Ledesma, Juan de Medina, y otros. A partir de 1540, tras la fundación de la Compañía de Jesús, los autores jesuitas, como Luis de Molina, Juan de Mariana (su obra *De monetæ mutatione*, 1609, criticando la política inflacionista, ha cumplido ya los 400 años), o Leonardo Lessio, hacen contribuciones de gran valor. Hay autores que al considerar la cantidad y calidad de los maestros jesuitas han llegado a señalar que el avance del pensamiento económico fue un fenómeno jesuita, y no un fenómeno de la escolástica tardía. Así H. M. Robertson dice que "los jesuitas favorecieron el espíritu del capitalismo; fue el espíritu jesuita no el calvinista". Porque ciertamente impulsaron un sistema basado en la propiedad privada —y fueron sobresalientes, no estando solos en la batalla intelectual— pero al mismo tiempo con un gran contenido moral.

Para Vitoria y De Soto la regla de oro del "amar al prójimo como a ti mismo" deriva en el "no robarás". Y en este sentido las posibilidades de éxito de las acciones humanas serán mayores cuanto más se acomoden y tengan en cuenta tanto la ley natural analítica como la normativa, de extrema importancia para el orden social y económico. Hoy a esa ley natural normativa la llamamos "incentivos".

### **Mundialización, emprendimiento y nuevas relaciones grupales**

Desde el punto de vista monetario, la plata siempre fue el más importante de los dos metales. Aristóteles menciona siempre la plata, no el oro. La entrega de Jesús a las autoridades locales se pagó en plata. Y, si a Judas se le dieron treinta monedas de plata, la plata fue el gran tesoro traído del Nuevo Mundo. Sólo en el decenio de 1870 el oro fue adoptado por la comunidad internacional.

A pesar de lo señalado por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, y mucho antes del surgimiento del luteranismo, van a ir surgiendo, progresivamente, todo un conjunto de emprendedores de rigor y austeridad cuasimonacal en sus comportamientos y cumplimiento de su palabra y compromisos de compra, entrega y pago —a pesar de las distancias—, impulsando y desarrollando los burgos del medievo. Las Ciudades Estado italianas o las del báltico, con su Liga Hanseática. "Lombard" Street es en Londres el nombre de la calle que evidencia esa expansión progresiva del comercio en el mundo —en concreto— a un país, hasta entonces, apartado del centro de gra-

vedad económico del mundo. Artesanos emprendedores, comerciantes arriesgados, industriales imaginativos o granjeros innovadores, llamados por su alta moralidad, talante, y liderazgo social, a desplazar progresivamente a los señores feudales y a la nobleza antigua. Vistos como unos nuevos "aristos". Una especie de actualizados Amadís de Gaula, transmutación de esos viejos héroes de los libros de caballería. Siempre fronterizos, actuando durante los siglos posteriores a través de las múltiples Compañías de Indias de España, Portugal, Inglaterra..., o de empresas como las de los "Caballeros Aventureros Mercaderes de la Bahía de Hudson", todavía existente desde 1670, aunque con su casa matriz trasladada del Reino Unido a Canadá.

Era el germen del hombre de empresa, singularmente activo, austero y racional, pero que cree, arriesga, organiza, coordina, innova, descubre carencias, genera incentivos, observa complementariedades, valora relaciones y analiza situaciones. Combina capacidades humanas, profesionales, técnicas, monetarias, espaciales. Actúa, lidera, educa, vence resistencias. Y, muchas veces, fracasando, dotado de una fuerte voluntad, vuelve a intentarlo. El germen, en definitiva, de esa auténtica "innovación social", como la definió Schumpeter, clave para el desperezo económico.

Al mismo tiempo, el choque entre el pragmatismo del *modus operandi* económico de esos "innovadores", en muchas ocasiones acelerados, con la sabia ética establecida por algunas argumentaciones procedentes del cristianismo, va a marcar toda la evolución posterior hasta nuestros días.

Las enseñanzas e influencias del cristianismo en economía son ingentes y todavía no suficientemente puestas de manifiesto. En este sentido un economista como Galbraith<sup>11</sup> ha recalcado tres efectos duraderos debidos a la Cristiandad:

- Mediante el ejemplo que sentó. El de Jesús, hijo de un artesano que demostró la inexistencia de un derecho divino de los privilegiados.
- Un segundo efecto a través de las creencias y actitudes sociales que inculcó. Cómo el poder podía tenerlo gente que trabajaba con las manos. Simples pescadores.
- Un tercer efecto por medio de las leyes económicas específicas que hubo de apoyar o necesitar, acompañado de discípulos, que en su mayor parte tenían orígenes igualmente humildes, en relación a su orgullo en el trabajo, la obra bien hecha, el rechazo del gasto improductivo, de la usura, de los cambistas en el templo, de la confusión de jerarquías; desafiando a los poderes constituidos de la monarquía de

<sup>11</sup> GALBRAITH, John Kenneth. *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel, 1993, p. 31 ss.

Herodes, y por supuesto al magno poder del Imperio Romano. Aún algunos sacerdotes en América Central se enfrentan a los gobiernos creyendo actuar según su ejemplo.

De hecho la doctrina cristiana primitiva condenaba el cobro de intereses; al igual que entre los griegos, se la consideraba una extorsión que los más afortunados infligían a los necios o empobrecidos, apremiados por necesidades y obligaciones superiores a sus medios. La concepción del préstamo como medio que el deudor pudiera utilizar, a su vez, para obtener ganancias no tenía curso en la antigua Roma y no justificaba el cobro de intereses. De hecho las restricciones que el cristianismo imponía al préstamo por interés otorgó a los judíos un papel destacado en el desarrollo del capitalismo, que autores como Sombart intentaron poner de manifiesto<sup>12</sup>.

Las dudas cristianas acerca de la licitud del préstamo no fueron disipadas por completo. Magnates bancarios creyentes, como John Pierpont Morgan, contribuyeron generosamente a las arcas de la Iglesia estadounidense pensando en lavar posibles culpas.

El clásico citado de Max Weber sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904), nos ilustra también sobre estas relaciones. Y lo hace poniendo en cuestión a quienes, desde el Marx más radical, plantearon en algún momento una dialéctica determinista de condicionamiento de la estructura económica sobre la superestructura. Friedrich A. Hayek considera desajustada la tesis de Weber de que el comportamiento capitalista tuviera su origen en la ética protestante, al afirmar que el origen del liberalismo moderno (y en concreto de la Escuela Austríaca) tenía su base en los escolásticos economistas españoles de la Escuela de Salamanca de los siglos XVI y XVII ya citados (Tomás de Mercado, Diego de Covarrubias, Francisco de Vitoria, Luis Sarabia, Martín de Azpilicueta, Francisco García, Martín González de Cellorigo, Luis de Molina, o Juan de Mariana). Autores que vinieron a mecer la cuna de la economía naciente desde arraigados principios morales. Recientemente el conocido ensayista norteamericano Michael Novak en su libro *La ética católica y el espíritu del capitalismo* (1993) vuelve sobre el tema, en este caso puntualizando tanto a Hayek como a Weber, al sostener que el mejor modo de salvar el capitalismo de sus excesos autodestructivos es basándolo en los principios morales de la religión central de Occidente. La polémica es continuada hoy por Buchanan, Alex Chafuen y otros.

En todo caso, lo que viene a suceder actualmente es que en unas economías crecientemente abiertas, como las actuales, el menor peso de los

<sup>12</sup> SOMBART, Werner. *El burgués*. Madrid: Alianza, 1972.

Estados tiende a compensarse con un conjunto de relaciones grupales orientadas a proporcionar seguridad y confianza.

De cómo explotar esas relaciones gregarias han sabido mucho los serenos de Madrid, cuando venían de Cangas de Narcea, o los barnizadores de Quismondo. Pero también la mutua confianza que Lope de Aguirre supo infundir en algunos de sus compañeros de aventura amazónica, porque eran de Oñate; o la de los "caballeritos" de Azcoitia cuando crean las Sociedades Económicas de Amigos del País, en la España del XVIII. También los canarios en Venezuela o los gallegos en Argentina, constituyen ejemplos elocuentes.

El tema lo había tratado magistralmente el profesor Jaúregui<sup>13</sup>. Y más recientemente el economista Thomas Sowell en su *Migrations and Culture*. Pero el reciente libro de Joel Kotkin lo centra nuclearmente, desde un título llamativo: *Tribus. De como la raza, la religión y la identidad determinan el éxito en la nueva economía global*. El autor señala cómo colectivos con identidad propia que la sepan combinar con "una visión cosmopolita y una pasión por el conocimiento pueden dispersarse por todo el mundo como una red eficaz". Bien que lo sabe él mismo, quien conserva el estigma de un colectivo como el hebreo que, por antonomasia, ha ejercido como tribu económica dispersa durante siglos. Un colectivo que, cuando reinicia su escalonada migración del siglo pasado a los hostiles parajes del Oriente Medio, necesitaba ser muy visionario para pensar que podría recrearse un nuevo Estado de Israel, casi 2.000 años después de su expulsión del mismo.

"Somos diferentes por una simple razón —cuenta a este respecto Edmond Rothschild en sus memorias recientes, como recogía de forma textual el profesor de Economía Ernest Lluc—. Las familias desaparecen en una generación porque no realizan todo lo que deberían hacer. Tú debes tener disciplina y eso lo tienes que hacer trabajando, tanto si te gusta como si no. De lo contrario te transformarás en un adicto a la droga o en un borracho. Es muy simple. Disciplina. Lo recibí de mi madre y de mi padre y, esperanzadamente, mi hijo está dándolo a sus hijos. Es la disciplina de la tradición"<sup>14</sup>.

Kotkin argumenta que al haber disminuido el gasto en defensa, la presión de los Estados-Nación sobre las minorías tiende a ser menor que en el pasado, lo que les permitirá actuar con más libertad. Juzgo interesante para esta reflexión sintetizar las consideraciones de este autor, según el cual se daría una especie de universalismo que, según su análisis, para que funcione requiere:

<sup>13</sup> JAUREGUI, José Antonio. *Las reglas del juego. Las tribus*. Madrid: Espasa Calpe, 1997.

<sup>14</sup> Economía abierta y nuevas tribus. *Expansión*, diario económico, 4-6-1997.



Fuerte identidad étnica que con un sentido de dependencia mutua ayude al grupo ajustarse a los cambios en el orden económico y político internacional, sin perder su unidad básica.

Amplia red basada en la confianza recíproca, que permita al grupo funcionar como colectivo más allá de los límites locales o estatales.

Pasión por la técnica y los nuevos conocimientos, combinada con una mentalidad abierta que aliente el desenvolvimiento científico y cultural para triunfar en el próximo siglo.

Como vemos y entre esos requisitos de funcionamiento, el aspecto ético no parece estar muy presente en la argumentación de Kotkin.

### **De la Escuela de Salamanca a la Economía Social de Mercado: el catolicismo como religión central de Occidente**

La Escuela de Salamanca manifestaba que sin virtud es imposible ocuparse del bien común. Pero sabían que la virtud era escasa; por lo que tampoco había que fiarse mucho de los "virtuosos"; y menos "de los presuntos virtuosos", que incluso podían encontrarse por las esquinas dándose golpes de pecho. Y esa escasez de la virtud, ya Dios la había previsto, surgiendo de manera complementaria la idea de "la mano invisible", en la denominación de A. Smith. Así nos encontramos a moralistas enjuiciando el mercado, y a economistas juzgando la moral. Y recordemos que Smith publica en 1759 su *Teoría de los sentimientos morales*, antes que su *Naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, en 1776. Es decir, la economía y la moral aparecían como inseparables. Los economistas eran filósofos morales.

La economía está bastante vinculada al optimismo. Ahorramos porque creemos en el futuro. Una sociedad, una familia, unos padres que ahorran es porque creen en sus hijos; es porque apuestan por el futuro. De ahí la abstinencia en el gasto, que de otra forma no tendría sentido tal sacrificio del gozo del presente. Un optimismo que juega con el riesgo. Si somos optimistas, ahorramos, emprendemos. Si creemos en Dios, si pensamos que Dios está con nosotros cuando nosotros estamos con él (cardenal Cascajares *ibid*<sup>15</sup>), entonces hacemos, trabajamos, nos esforzamos, obramos, arriesgamos, queremos multiplicar nuestros talentos, mejoramos buscando nuestro mayor potencial, una mayor perfección. Buscamos el árbol que da fruto. Cortamos las ramas secas de la viña. Buscamos la oveja perdida, acogemos al hijo pródigo, buscamos

<sup>15</sup> MORILLAS, Javier. Antonio M<sup>o</sup> Cascajares. Notas para un Centenario. En *Aportes*, Año XV, revista nº 43, 2/2000.

echar las semillas en tierra fértil. Sacamos la luz del celemín pretendiendo alumbrar mejor. Buscamos ser la sal de la tierra...

Los incentivos funcionan hoy, a través de muchos y variados mecanismos: impuestos, subvenciones, leyes laborales, administrativas, etc., que al final constituyen un reflejo de determinadas escalas de valores, o —simplemente— de la falta de éstos. Por ejemplo, en Estados Unidos, en 1998, el presidente Clinton avanzó en el sentido de que los bancos de inversión no tenían por qué diferenciarse de los bancos comerciales. Apoyó a Fannie Mae y Freddie Mac, en sus políticas de concesión de hipotecas, extendiendo medidas de discriminación positiva, y buscando la adquisición de vivienda u otros activos inmobiliarios en propiedad, incluso para colectivos potencialmente muy frágiles, incurriendo en una suicida concentración excesiva de riesgo. Hubo fallos de regulación. Al final los propios bancos de inversión envolvieron en los llamados "derivados" unas hipotecas potencialmente fallidas, "activos tóxicos", que cual bombas de relojería comenzaron a explotar, y acabaron por contaminar y poner en cuestión al conjunto del sistema financiero.

Y si queremos que actúen los incentivos éticos, ¿cómo los impulsamos? ¿Pensamos que con más policía o con más cárceles se hace más virtuosa la sociedad? No, es con más virtud. ¿Pensamos que con más control de las instituciones financieras se van a hacer mejores instituciones financieras? No; es con más virtud. ¿Pensamos que con más hospitales vamos a reducir el SIDA? No, es con más virtud. ¿Pensamos que los problemas de la droga, los secuestros, la inseguridad ciudadana, la prostitución o la trata de blancas, se van a arreglar con simples cambios legislativos? No, es con más virtud. ¿Pensamos que con más vigilancia de fronteras vamos a poner coto a la industria de la inmigración ilegal, mientras la corrupción domine a los gobiernos que la alientan y de la cual se lucran? No; es con más virtud. ¿Pensamos que con un control de los precios de los alimentos vamos a conseguir acabar con el hambre? No. Es con más trabajo agrario, con amor al estudio, a las virtudes. Más virtud, más moral. Así el ser y el deber ser se funden en el análisis económico. La racionalidad se da siempre, nos dice Robert Lucas en su teoría de las expectativas racionales; la teoría de la elección racional en función de los incentivos, supone que al analizar los grandes agregados humanos, éstos actúan intentando maximizar sus ventajas materiales; y también las inmateriales.

La riqueza se siembra. Se filtra inexorablemente hacia abajo, hacia arriba, hacia los costados. La empresa es socia del Estado. Si crea riqueza más socia, en la redistribución, en la recaudación, en el bienestar social. Pero (¡problema!) en una gran empresa o banco los accionistas, hoy, no se responsabilizan tanto del largo plazo de la empresa, como en las PYMES, que sí.

Y la economía parte de la persona humana. Más que del individuo, o de un número de individuos; por eso la persona es el centro de la economía; y eso equivale a moralizar el trabajo. Y ahí todos los radicales éticos son radicales económicos: por eso el trabajar bien es ético y económico, y el trabajar mal no. El invertir bien es ético y económico; el invertir mal no. El ahorrar bien es ético, el ahorrar mal no. El gastar bien es ético, el gastar mal no. Y es bueno que en todo ello pueda haber un beneficio humano que sea inseparable del crematístico. Porque si la ética no es práctica, tampoco es ética. Las normas de recto cumplimiento son rentables, como señalaba Hayek. Por eso, como señalaba el Premio Nobel de Economía, Buchanan, es bueno pagar a los predicadores.

En tal sentido, hay claramente una gran relación entre los valores morales y la economía. Y que no sólo es compatible un comportamiento ético con la praxis económica diaria, sino que las actitudes éticas –y no el relativismo moral– son las que favorecen el crecimiento. Porque no los valores “éticos” o morales de todas las religiones son iguales. Y los economistas van estableciendo un amplio consenso, que se ha difuminado en la sociedad, en el sentido de que el esquema de valores del cristianismo es, por supuesto distinto, pero también cualitativamente mejor al de otras religiones; lo que se ha plasmado en la creación de las sociedades más avanzadas y eficientes que nunca la humanidad haya construido, como son –hoy todavía– las sociedades occidentales.

### **La “autoridad política mundial”, ¿es posible?**

Ponía de manifiesto el papa Benedicto XVI, en su visita a Washington de 2009, el reconocimiento público que la religión tiene en Estados Unidos. Y el valor tan positivo que tiene en la sociedad norteamericana. Algo fácilmente observable para todos los que hemos vivido algún tiempo en la que se considera “una Nación bajo Dios”. La del *In God we trust*, de sus monedas.

Con su perspectiva de conocedor de gran número de países de todos los continentes, y esa percepción global, que también se obtiene conociendo los Estados Unidos –como sin duda ocurría en la antigua Roma–, el Vaticano ha renovado el pasado 24 de octubre de 2011 la propuesta formulada por Benedicto XVI en su encíclica de 2009 *Caritas in Veritate*. Pero ahora se añade la sugerencia de un proceso constituyente para llegar a crear un gobierno mundial tomando como punto de referencia el sistema de Naciones Unidas. El Papa había denunciado entonces “los efectos perniciosos sobre la economía real de una actividad financiera mal utilizada y en buena parte especulativa [...] la crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas”. El Vaticano advierte que “los comportamientos de egoísmo, avaricia colectiva y acapara-

miento de bienes a gran escal [...] [generarán] un clima de creciente hostilidad, e incluso de violencia, hasta minar las bases de las instituciones democráticas, incluso las más sólidas”<sup>16</sup>. Las funciones de dicha autoridad serían las de “controlar y desarrollar políticas financieras y monetarias que garanticen la distribución equitativa de la riqueza mundial”. La recapitalización, o aportación de fondos públicos a los bancos debería estar condicionada a comportamientos “virtuosos” con el objetivo de desarrollar la “economía real”.

En un documento de 16 páginas, que presentó el cardenal Peter Turkson, de Ghana, Presidente del Pontificio Consejo Justicia y Paz, ofrece su diagnóstico sobre las causas de la crisis financiera: la temeridad en el crédito y la creación descontrolada de instrumentos financieros especulativos; así como las cuatro ideologías que favorecen esas conductas: el individualismo, el utilitarismo, el tecnocratismo y el liberalismo desregulador.

La conclusión es que el problema sólo puede ser resuelto a nivel global, que es por lo que se plantea comenzar a construir una “autoridad política mundial”, ya avanzada por Benedicto XVI en 2009. La idea es abrir un debate en todos los países, universidades, e instituciones internacionales; así propone dar la palabra a la sociedad y a los economistas –en tanto que filósofos morales–, después de lo que se considera un exceso de protagonismo de los inversores especulativos y los grandes bancos. De forma inmediata el Consejo Pontificio dirigía sus propuestas al G-20 de Jefes de Estado y de Gobierno de Cannes, a celebrar el 3 y 4 de noviembre, reconociendo que dichas cumbres, como las del G-8, pueden resultar beneficiosas a corto plazo, pero limitadas, al dejar siempre atrás a los países más débiles.

Plantean que el debate reformista es vital, en la medida en que los líderes políticos occidentales están debilitados “por no haber sido capaces de gestionar con valentía una crisis que sigue agravándose a ojos vista; ante la debilidad de la banca, salieron al rescate los gobiernos, que al hacerlo se han debilitado [...] el sistema financiero logró privatizar los beneficios y nacionalizar las pérdidas, que pasan una y otra vez a las espaldas de los contribuyentes”, según el economista Leonardo Becchetti, participante en la presentación del documento.

“La Iglesia descubrió la injusticia social y los fallos del capitalismo liberal, mucho antes que los indignados” –dijo el cardenal Turkson en tono jocoso–; además –afirmó– “discrepamos en los métodos”. Es cierto que el Vaticano no quiere presentar un documento demasiado elaborado, sino abrir un debate. Continuación de lo planteado en la Encíclica *Caritas in*

<sup>16</sup> ABC, 23-10-2011, pp. 50-51.

*Veritate*, proponiendo mantener unos mercados financieros libres, pero disciplinados, fijando entre las cuatro zonas económicas mundiales de Europa, Estados Unidos, China y Japón, una cotización estable de sus diferentes monedas; un nuevo papel de los bancos centrales como cortafuegos de la subida excesiva de precios de los activos, o la asunción de riesgos de los sistemas bancarios nacionales.

En el citado documento del Consejo Pontificio, se plantea incluso la creación de un nuevo Banco Mundial, que regularía el flujo y el sistema de los intercambios monetarios garantizando la unidad de las decisiones comunes, como hoy hacen los bancos centrales nacionales. También arriesga sobre el establecimiento de un impuesto sobre las transacciones financieras, que estaría modulado en función de la complejidad de las operaciones, que "podría ser útil para promover el desarrollo global y sostenible". Un impuesto que podría contribuir a una reserva mundial de apoyo a los países afectados por la crisis, así como al saneamiento de su sistema financiero. El documento se remonta a la Paz de Westfalia (1648), que da lugar a los Estados Nacionales. De quienes dice que siguen siendo instrumentos "muy útiles", pero ineficaces frente a los problemas globales, empezando por los de la contaminación atmosférica, que dieron lugar a los acuerdos de Kioto.

Al final, todo dependerá de la mayor o menor generalización de unos determinados incentivos éticos que hagan posible tal sociedad civil global. Por eso, y parafraseando a James Buchanan<sup>17</sup>, el Premio Nobel de Economía, "es bueno pagar a los predicadores".

<sup>17</sup> BUCHANAN, James. *Ética y progreso económico*. Barcelona: Ariel, 1996.